

Microantología del Microrrelato III



Ediciones
Irreverentes

Microantología del microrrelato III

Colección de Narrativa
Ediciones Irreverentes

Todos los derechos reservados. Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier procedimiento y el almacenamiento o transmisión de la totalidad o parte de su contenido por cualquier método, salvo permiso expreso del editor.

De las respectivas obras: © Miguel Ángel de Rus, Julio Fernández Peláez, Teresa Dovalpage, Juan Vivancos Antón, Patricia Esteban Erlés, Gustavo Valle, Claudia Cortalezzi, Elena Marqués, Carlos García Miranda, Joseba Iturrate, Víctor M. Bórquez Núñez, Arquímedes González, Baldomero Lillo, Isaac Belmar, Harold Kremer, Francisco José Segovia Ramos, Aurelia María Romero Coloma, Iván Teruel, Eduardo Berti, Félix Díaz, Manuel Cortés Blanco, Víctor Montoya, Carlos Ortiz de Zárate, Ariel Dorfman, Luis Marcelo Pérez, Irene Comendador, Ainhoa Bárcena, Salvador Robles, Francisco Legaz, Álvaro Díaz Escobedo, José Luis Alonso de Santos, El Vizconde de Saint-Luc, Juan Manuel Ortiz Taberna, Sergio Gaut vel Hartman Jorge Majfud, Pablo Vázquez, Paloma del Palacio, Joaquín Leguina, Susana Corcuera, Nelson Verástegui, Cristina Ruberte-París, Juan Aparicio Belmonte, Melanie Taylor Herrera, Juan Patricio Lombera, José Enrique Canabal, Javier Fernández Jiménez, Andrés Fornells, Mary A. Rum, Jesús Yébenes Montemayor, Diego Muñoz Valenzuela.

De las traducciones: © Vera Kukharava (ruso); M.A. de Rus (francés) José Luis G^a (otras)

De la edición: © Ediciones Irreverentes S.L.

Edición de Miguel Ángel de Rus

Octubre de 2011

Ediciones Irreverentes S.L.

<http://www.edicionesirreverentes.com>

ISBN: 978-84-15353-15-7

Depósito legal:

Diseño de la colección: Absurda Fabula

Imprime: Publidisa

Impreso en España.

ÍNDICE

<i>A la sombra del edificio del Congreso.</i> Miguel Angel de Rus	7
<i>Adoquines.</i> Julio Fernández Peláez	8
<i>Aromaterapia.</i> Teresa Dovalpage	10
<i>Autorretrato.</i> Juan Vivancos Antón	11
<i>Bestia.</i> Ambrose Bierce	12
<i>Bienes muebles.</i> Patricia Esteban Erlés	13
<i>Carne argentina.</i> Gustavo Valle	15
<i>Chorizos y pringaos.</i> Joseba Iturrate	18
<i>Condena.</i> Claudia Cortalezzi	19
<i>Crímenes literarios.</i> Elena Marqués	20
<i>Cuarto desnudo.</i> Carlos García Miranda	22
<i>De noche.</i> Franz Kafka	25
<i>Desfile patriótico.</i> Villiers de L'Isle Adam	26
<i>Despertar.</i> Victor M. Bórquez Núñez	27
<i>Digo que no.</i> Arquímedes González	29
<i>El alma de la máquina.</i> Baldomero Lillo	31
<i>El antídoto.</i> Isaac Belmar	34
<i>El combate.</i> Harold Kremer	36
<i>El culto a la patria.</i> Alphonse Allais	37
<i>El deseo.</i> Francisco José Segovia Ramos	38
<i>El espejo.</i> Aurelia María Romero Coloma	41
<i>El fiscal.</i> Iván Teruel	44
<i>El hombre que tenía algo en el ojo.</i> Jules Jouy	45
<i>El inicio.</i> Eduardo Berti	46
<i>El niño malvado.</i> Antón Chéjov	48
<i>El peluquero.</i> Karl Kraus	51
<i>El tren borracho.</i> Mijail Bulgakov	52
<i>En el país de los Ticos.</i> Manuel Cortés Blanco	55
<i>Encuentro.</i> Félix Díaz	57
<i>Equívocación.</i> Karel Capek	58

<i>Escritor suicida.</i> Víctor Montoya	59
<i>Ese toro enamorado de la luna.</i> Carlos Ortiz de Zárate	61
<i>Extinción.</i> Ariel Dorfman	64
<i>Hindi kayong lahat ay malilini.</i> Luis Marcelo Pérez	65
<i>Juro que soy inocente.</i> Irene Comendador	67
<i>La alhaja.</i> Jules Renard	70
<i>La espera.</i> Ainhoa Bárcena	71
<i>La filósofa y el matemático.</i> Salvador Robles	73
<i>La navaja inglesa.</i> Konstantín Paustovskiy	74
<i>La persistencia de los recuerdos.</i> Francisco Legaz	78
<i>La pobreza.</i> Mijail Zóshchenko	81
<i>Las cerezas de Düsseldorf.</i> Álvaro Díaz Escobedo	84
<i>Las frutas del amor.</i> José Luis Alonso de Santos	87
<i>Las mismas razones para la muerte.</i> El Vizconde de Saint-Luc	90
<i>Limitado albedrío.</i> Juan Manuel Ortiz Taberna	91
<i>Los desalmados.</i> Sergio Gaut vel Hartman	93
<i>Los dos hombres.</i> Jorge Majfud	94
<i>Los recortes.</i> Pablo Vázquez	95
<i>1000 dedos.</i> Paloma del Palacio	98
<i>Moscú, 1952.</i> Joaquín Leguina	100
<i>Mujer lechuza.</i> Susana Corcuera	101
<i>No sólo de tecnología vive el hombre.</i> Nelson Verástegui	103
<i>No todas las historias son de película.</i> Cristina Ruberte-París	105
<i>Nochebuena infernal.</i> Juan Aparicio Belmonte	108
<i>Orfeo y Eurídice.</i> Leopoldo Lugones	109
<i>Parlamentarismo.</i> Guillaume Apollinaire	110
<i>Psicopatología feminista.</i> Melanie Taylor Herrera	111
<i>Reflexiones en horas de trabajo.</i> Juan Patricio Lombera	112
<i>Rescaldos.</i> José Enrique Canabal	114
<i>Solo en casa.</i> Javier Fernández Jiménez	116
<i>Striptease sangriento.</i> Andrés Fornells	118
<i>Último beso.</i> Mary A. Rum	121
<i>Una noche de niebla.</i> Jesús Yébenes Montemayor	122
<i>Viejas cayendo por la ventana.</i> Daniil Jarms	125
<i>Vudú 1.</i> Diego Muñoz Valenzuela	126

A LA SOMBRA DEL EDIFICIO DEL CONGRESO

Miguel Ángel de Rus

Quizá hubiera sido mejor hablar, dialogar, llegar a algún acuerdo. Somos seres civilizados, hubiéramos podido solucionarlo de un modo menos traumático, más agradable para ambas partes. —Dijo tras mucho meditarlo.

El presidente le escuchó en silencio, con su habitual gesto imperturbable. Ambos miraron al frente, la ciudad derruida, los cadáveres esparcidos por las calles, la sangre en el suelo, el ejército apostado tras las esquinas.

—Dios quiso que tuvieran petróleo. —Respondió ecuaníme, por fin, el presidente. —Nosotros lo necesitamos más que ellos. No soy nadie para juzgar las decisiones de Dios.

Se sintió incapaz de responderle. Qué lección de humildad le había dado, pensó.

A la sombra del edificio del Congreso quedaron en silencio, oyendo algún disparo lejano, sintiéndose una parte insignificante de la Historia.

ADOQUINES¹

Julio Fernández Peláez

¿Es que nunca has aspirado a más? Los adoquines de la plaza mayor estaban gastados. Sí, ya sé lo que me vas a decir, que eso hacía bonito, pero mira, la ciudad es Patrimonio de la Humanidad, y esto de alguna manera es un lastre. Necesitábamos salir de la vetustez, aceptar los retos de la modernidad.

Ya.

Naturalmente, una vez cambiados los adoquines de la plaza, había que cambiar todos los adoquines de las calles. Fue un gasto excepcional, lo reconozco, pero este Consistorio cuenta con recursos. Vendimos los terrenos de la ribera y problema solucionado. De hecho, con la plusvalía que obtuvimos pudimos abordar otras obras igual de necesarias, como el túnel norte-sur, el Palacio de Congresos que yo mismo procedí a inaugurar...

Pero esos terrenos son inundables. Y había allí un bosque fluvial.

Así son los planes de urbanismo. No me negarás que la ciudad no salió ganando. Y todo prácticamente gratis. No pongas esa cara. Sé lo que está pensando, que lo adjudicamos a dedo y a cambio de comisiones. Sí, comisiones, a mí no me tiembla la voz al nombrar esa dichosa palabra. ¿Qué crees, que soy de los que tienen una huerta de billetes en casa para justificar los sobresueldos?

Perdone.

No importa. Mira, esa gran urbanización es de lo mejorcito, y encima son pisos de protección, un poco caros, sí, pero muy buenos.

Sí.

1- Mención especial del Jurado del VIII Premio Sexto Continente de Relato.

¿Cómo que sí? ¿No serás de esos que andan por ahí diciendo que sobra vivienda y que este tinglado es una estafa? O peor aún, fruto de la especulación. ¡De la especulación! No me jodas. Jamás han bajado los pisos de precio, ¿me oyes? Comprar ahora es invertir en tranquilidad. El dinero fluye como el champán. Nunca se vivió mejor. Y ese túnel ha traído al centro todo el tráfico que antes no existía, harán falta al menos dos o tres aparcamientos subterráneos. Y nuevos barrios para completar el Plan, por lo menos dos o tres barrios. Sí, tienes razón, un palacio sin actividades no es palacio. Pero no te preocupes, intentaremos traer un Gran Premio, ya sabes, lo que haga falta con tal de poner a esta ciudad en el mapa. Si para ello nos endeudamos hasta las orejas, pues nos endeudamos, con dos cojones, la cosa es que a mí se me recuerde como un gran alcalde, porque para eso me votaron los ciudadanos.

Natural.

Sí, es cierto, la ciudad ya no es tan tranquila como era, eso de llegar a pie a cualquier lado se ha acabado, y han cerrado comercios porque no pueden competir con los grandes, y los grandes como es lógico tienen todas las facilidades, pero tranquilo, pondremos el doble de multas y compensaremos los impuestos que faltan, eso sí, lo que no tiene arreglo es lo del paro, pero nosotros hacemos lo que podemos, y es que desde que se creó tanto trabajo en la construcción el paro aumenta de manera incomprensible. Al menos de momento no faltan los bares. ¿Verdad?

Claro.

El día que nos pasemos de la raya, cambiamos la Constitución y todos a apretar el culo... Ah, y esa chorrada de que dentro de poco hará falta cotizar media vida para jubilarse con medio cuerpo en el otro lado, no te preocupes hijo, que sólo es ciencia ficción. ¿Qué estás pensando?

En los adoquines.

Ya.

AROMATERAPIA

Teresa Dovalpage

Desde que tuve un accidente que me dejara quince días en coma aprendí a distinguir el olor de la muerte. Lo noté por primera vez cuando estaba ingresada en el hospital, al lado de una vieja que se moría despacio, de a buchitos. Primero creí que la peste era a formol o a antisépticos, pero luego comprobé que olía a flores muertas. Nadie más la sentía; sólo yo. Ni los médicos, ni las enfermeras ni los parientes que pasaban a visitarme o a ver a mi compañera de cuarto notaban el más mínimo tufo. Y fue intensificándose hasta que la vieja cerró el ojo definitivamente, llevándose el hedor con ella.

Podía haber sido casualidad, pero tuve ocasión de comprobarlo por segunda vez, cuando mi pobre abuela estiró la pata. Su habitación conservó aquel olor a flores muertas hasta que sacaron el cadáver. Ésta es la tercera. El olor está aquí, adueñándose de mi propia casa. Siempre que abro la puerta me golpea la nariz, como una pelota lanzada aviesamente, el aroma feroz de la guadaña. Y tengo miedo. Yo sé lo que es la muerte: ya me morí una vez y no tengo el menor deseo de volver a pasar por la experiencia.

AUTORRETRATO

Juan Vivancos Antón

Han transcurrido ya varias décadas desde que decidí pintar mi autorretrato. Entonces yo era muy joven aún y carecía de los conocimientos y técnica necesarios para reflejar en el lienzo todo lo que tenía en mi interior. Ni sabía cómo, ni había en el mundo una gama de colores lo suficientemente amplia para pintar aquel mundo propio.

Luego llegó la madurez que endureció los rasgos que reflejaba el espejo. En aquella época sentía que las pinturas eran demasiado endebles para aguantar aquella fuerza. El lienzo no soportaba la presión de la lucha diaria por subsistir, en un mundo tan hostil.

Más tarde fue cuando definitivamente se apagó una luz que hasta entonces siempre había estado presente en mí. Aquella repentina oscuridad estropeaba todos mis esfuerzos por concluir la obra. Los desengaños, las frustraciones y desilusiones acumuladas en el hombre que me miraba desde el espejo, sobre el lienzo eran un maremagno de marrones, grises y negros.

Hoy he decidido guardar los pinceles y pinturas. Ya no me puedo reconocer ni en la imagen del espejo ni en la pintura del lienzo. En el espejo veo un hombre que no deseo ser. La pintura muestra a otro hombre que nunca llegué a ser. Y en medio estoy yo, perdido en el limbo frío y vacío que hay entre ambos mundos.

La verdad es que ya no sé cómo soy.

BESTIA

Ambrose Bierce

Miembro de la dinastía reinante en la literatura y en la vida. La tribu de las Bestias llegó con Adán, y como era multitudinaria y fuerte, infestó el mundo habitable. El secreto de su gran poder es su insensibilidad a los golpes; basta hacerles cosquillas con un garrote para que se rían con una perogrullada.

En un principio las Bestias eran oriundas de Beocia, de donde los desalojó el hambre, pues su estupidez esterilizó las cosechas. Durante algunos siglos apestaron Filistea, y por lo tanto a muchos de ellos se les llama filisteos.

En la época turbulenta de las Cruzadas salieron de allí y se extendieron gradualmente por Europa, y se apropiaron de casi todos los altos cargos de la teología, la política, el arte, la literatura y la ciencia.

Desde que un pelotón de malas Bestias llegó a Norteamérica en el Mayflower, junto con los Padres Peregrinos², su proliferación por procreación, emigración y conversión ha sido rápida y constante. Según las estadísticas más dignas de crédito, el número de Bestias adultas en los Estados Unidos es apenas menor de treinta millones, incluyendo a los estadísticos. El centro intelectual de la raza está en Peoria, Illinois, pero la Bestia de Nueva Inglaterra es la más escandalosamente moral.

2- *Pilgrim Fathers*: fundaron la primera colonia de Nueva Inglaterra, origen de los Estados Unidos de América.

BIENES MUEBLES

Patricia Esteban Erlés

Soy una sirena. Ni siquiera recuerdo mi nombre, pero seguramente es porque nunca lo he tenido. Quién sabe, hace mucho que no vivo en el mar y ese pasado mío es un enorme recuerdo azul y vacío que a veces vuelve cuando sueño, una ola resacosa que arroja a la playa una botella de plástico, sin mensaje en su interior.

Dejé de ensayar bailes sincronizados con mis hermanas y de subirme a mi roca favorita para peinarme con un trozo de coral y ver pasar las horas como la sombra de un barco a lo lejos. Hay tanta mitología asociada a las sirenas que quizás ellos me hayan inventado una memoria que nunca fue mía sino la que su sirena, esa que habita en su piscina, debería tener.

Preferiría olvidarme de cómo llegue aquí. Desde el principio supe que de mi capacidad para adaptarme a un estanque recurrente en forma de alubia dependía mi supervivencia, pero eso no ayuda a borrar cómo me extirparon del mar. Nos pusimos de moda hace una década, igual que poco antes les ocurrió a los niños camaleones o a las mujeres pantera. De cuando en cuando una empresa especializada en mascotas exóticas emprendía la búsqueda de una nueva presa, de un ser a medio camino entre el algo y el alguien que pudiera ofrecerse a un público de millonarios caprichosos y sin muchos escrúpulos. Nos capturaban con redes transparentes de un material tecnológico que quedaba prensado en torno a nuestros cuerpos y nos inmovilizaba por completo. De nada servía gritar, por más desesperados que fueran los aullidos aquellos hombres rana no dejaban de alzarnos a la cubierta de sus lanchas. Es otra leyenda, eso de que nuestro canto paraliza el alma y anula la voluntad.

Mis dueños actuales se acercan por turnos a la piscina. Nunca juntos. Ella, bien entrada la mañana, tambaleándose sobre sus sandalias

de tacón, con el vaso de ginebra en la mano y uno de sus aparatosos bikinis estampados con manchas de animal. La mujer leopardo, serpiente o cebra, dependiendo del día, se tumba en la hamaca y recibe llamadas de sus amantes. Pide hora al peluquero. Me mira con un poco de asco antes de sumirse en un sueño narcótico, sol y alcohol. Él vendrá de noche, con la excusa de darse un baño relajante después del trabajo. Se desnudará junto a la piscina con gestos de seductor. Yo suspiraré, cansada, y me hundiré hasta el fondo, como cada vez. Sé que es cuestión de meses que alguien de una inmobiliaria llegue para colgar un cartel de SE VENDE en la verja del jardín.

CARNE ARGENTINA

Gustavo Valle

«El espíritu está pronto, pero la carne es débil». Y sobre todo jugosa —agregaría yo sin temblor. Porque ante un bife de chorizo, un vacío, o un succulento asado de tira, el mundo gana en tentaciones y lujuria. Quien haya pisado estas australes latitudes sabe que debe contar, dentro de su botiquín de primeros auxilios y cuidados personales, con un buen abogado, y un mejor carnicero.

Cacho, mi carnicero de confianza, es toda una institución en el barrio. Además de pertenecer a la barra brava del Club Atlético Chacarita Juniors, selecciona la mejor carne con los ojos cerrados. Totalmente calvo, de manos hipertrofiadas, joroba monumental y pies que parecen los del eslabón perdido, Cacho se gana, con su aspecto de matón, el cariño de ancianos, mujeres, y niños.

Todos los domingos va a la cancha a hinchar por Chacarita, un cuadro cuya mejor actuación data de 1969, y hoy ocupa el último lugar en la tabla de clasificaciones. Coronando la cámara refrigerante de su negocio, está el banderín del equipo, y encima de la sierra corta chuletas, una enorme foto con la dedicatoria de todos los jugadores. Fútbol y carne se hermanan en el local de Cacho como el ying y el yang de una fervorosa utopía vernácula.

Una vez le pregunté por Isabel Sarli, la despampanante diva de los años 60, y mencioné la película «Carne», donde ella era violada dentro de una cámara frigorífica, encima de unos enormes y sanguinolentos costillares. Cacho me miró con ojos aguados, parecidos a los de un becerro. «¡Ah, la Coca Sarli!», me dijo casi entre lágrimas. Y se dispuso a contarme cómo su vocación carnicera había nacido de la admiración por aquella apetitosa Tongolele de la pampa.

Con sus enormes cuchillos siempre afilados, Cacho parecería un asesino serial si no fuera por su voz suave y su sonrisa ingenua. Con